



Día 09 - Sumo aprecio por el culto al sagrado Corazón

† Encíclica **Haurietis Aquas** (Pío XII) †

Sobre el culto al Sagrado Corazón de Jesús

V. SUMO APRECIOSO POR EL CULTO AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

30. Antes de terminar estas consideraciones tan hermosas como consoladoras sobre la naturaleza auténtica de este culto y su cristiana excelencia, Nos, plenamente conscientes del oficio apostólico que por primera vez fue confiado a san Pedro, luego de haber profesado por tres veces su amor a Jesucristo nuestro Señor, creemos conveniente exhortaros una vez más, venerables hermanos, y por vuestro medio a todos los queridísimos hijos en Cristo, para que con creciente entusiasmo cuidéis de promover esta suavísima devoción, pues de ella han de brotar grandísimos frutos también en nuestros tiempos.

Y en verdad que si debidamente se ponderan los argumentos en que se funda el culto tributado al Corazón herido de Jesús, todos verán claramente cómo aquí no se trata de una forma cualquiera de piedad, que sea lícito posponer a otras o tenerla en menos, sino de una práctica religiosa muy apta para conseguir la perfección cristiana[...] Es digna, pues, de sumo honor aquella forma de culto por la cual el hombre se dispone a honrar y amar en sumo grado a Dios y a consagrarse con mayor facilidad y prontitud al servicio de la divina caridad; y ello tanto más cuanto que nuestro Redentor mismo se dignó proponerla y recomendarla al pueblo cristiano, y los Sumos Pontífices la han confirmado con memorables documentos y la han enaltecido con grandes alabanzas. Y así, quien tuviere en poco este insigne beneficio que Jesucristo ha dado a su Iglesia, procedería en forma temeraria y perniciosa, y aun ofendería al mismo Dios.

31. Esto supuesto, ya no cabe duda alguna de que los cristianos que honran al Sacratísimo Corazón del Redentor cumplen el deber, ciertamente gravísimo, que tienen de servir a Dios, y que juntamente se consagran a sí mismos y a toda su propia actividad, tanto interna como externa, a su Creador y Redentor, poniendo así en práctica aquel divino mandamiento: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente, y con todas tus fuerzas»¹. Además de que así tienen la certeza de que a honrar a Dios no les mueve ninguna ventaja personal, corporal o espiritual, temporal o eterna, sino la bondad misma de Dios, a quien cuidan de obsequiar con actos de amor, de adoración y de debida acción de gracias. Si no fuera así, el culto al Sacratísimo Corazón de Jesús ya no respondería a la índole genuina de la religión cristiana, porque entonces el hombre con tal culto ya no tendría como mira principal el servicio de honrar principalmente el amor divino [...].

Todos, pues, tengan la firme persuasión de que en el culto al augustísimo Corazón de Jesús lo más importante no consiste en las devotas prácticas externas de piedad, y que el motivo principal de abrazarlo tampoco debe ser la esperanza de la propia utilidad, porque aun estos beneficios Cristo nuestro Señor los ha prometido mediante ciertas

¹ Mc 12, 30; Mt 22, 37.



revelaciones privadas, precisamente para que los hombres se sintieran movidos a cumplir con mayor fervor los principales deberes de la religión católica, a saber, el deber de amor y el de la expiación, al mismo tiempo que así obtengan de mejor manera su propio provecho espiritual.

Difusión de este culto

32. Exhortamos, pues, a todos nuestros hijos en Cristo a que practiquen con fervor esta devoción, así a los que ya están acostumbrados a beber las aguas saludables que brotan del Corazón del Redentor, como, sobre todo, a los que, a guisa de espectadores, desde lejos miran todavía con espíritu de curiosidad y hasta de duda. Piensen estos con atención que se trata de un culto, según ya hemos dicho, que desde hace mucho tiempo está arraigado en la Iglesia, que se apoya profundamente en los mismos Evangelios; un culto, en cuyo favor está claramente la Tradición y la sagrada Liturgia, y que los mismos Romanos Pontífices han ensalzado con alabanzas tan multiplicadas como grandes: no se contentaron con instituir una fiesta en honor del Corazón augustísimo del Redentor, y extenderla luego a toda la Iglesia, sino que por su parte tomaron la iniciativa de dedicar y consagrar solemnemente todo el género humano al mismo Sacratísimo Corazón². Finalmente, conveniente es asimismo pensar que este culto tiene en su favor una mies de frutos espirituales tan copiosos como consoladores, que de ella se han derivado para la Iglesia [...].

Al contemplar este admirable espectáculo de la extensión y fervor con que la devoción al Sacratísimo Corazón de Jesús se ha propagado en toda clase de fieles, nos sentimos ciertamente llenos de gozo y de inefable consuelo; y, luego de dar a nuestro Redentor las obligadas gracias por los tesoros infinitos de su bondad, no podemos menos de expresar nuestra paternal complacencia a todos los que, tanto del clero como del elemento seglar, con tanta eficacia han cooperado a promover este culto.

Penas actuales de la Iglesia

33. Aunque la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, venerables hermanos, ha producido en todas partes abundantes frutos de renovación espiritual en la vida cristiana, sin embargo, nadie ignora que la Iglesia militante en la tierra y, sobre todo, la sociedad civil no han alcanzado aún el grado de perfección que corresponde a los deseos de Jesucristo, Esposo Místico de la Iglesia y Redentor del género humano. [...] no todos los cristianos brillan por la santidad de costumbres, a la que por vocación divina están llamados; no todos los pecadores, que en mala hora abandonaron la casa paterna, han vuelto a ella, para de nuevo vestirse con el vestido precioso³ y recibir el anillo, símbolo de fidelidad para con el Esposo de su alma; no todos los infieles se han incorporado aún al Cuerpo Místico de Cristo [...]

34. Ciertamente, el odio contra Dios y contra los que legítimamente hacen sus veces es el mayor delito que puede cometer el hombre, creado a imagen y semejanza de Dios y destinado a gozar de su amistad perfecta y eterna en el cielo; puesto que por el odio a Dios el hombre se aleja lo más posible del Sumo Bien, y se siente impulsado a rechazar

² Cf. León XIII, enc. Annum Sacrum: AL 19 (1900) 71 s. Decr. S. C. Rituum, 28 jun. 1899, in Decr. Auth. 3, n. 3712. Pío XI, enc. Misericordissimus Redemptor: AAS 20 (1928) 177 s. Decr. S. C. Rit. 29 enero 1929 AAS 21 (1929) 77.

³ Lc 15, 22



de sí y de sus prójimos cuanto viene de Dios, une con Dios y conduce a gozar de Dios, o sea, la verdad, la virtud, la paz y la justicia⁴.

Pudiendo, pues, observar que, por desgracia, el número de los que se jactan de ser enemigos del Señor eterno crece hoy en algunas partes, y que los falsos principios del materialismo se difunden en las doctrinas y en la práctica; y oyendo cómo continuamente se exalta la licencia desenfrenada de las pasiones, ¿qué tiene de extraño que en muchas almas se enfríe la caridad, que es la suprema ley de la religión cristiana, el fundamento más firme de la verdadera y perfecta justicia, el manantial más abundante de la paz y de las castas delicias? Ya lo advirtió nuestro Salvador: «Por la inundación de los vicios, se resfriará la caridad de muchos»⁵.

Un culto providencial

35. Ante tantos males que, hoy más que nunca, trastornan profundamente a individuos, familias, naciones y orbe entero, ¿dónde, venerables hermanos, hallaremos un remedio eficaz? ¿Podremos encontrar alguna devoción que aventaje al culto augustísimo del Corazón de Jesús, que responda mejor a la índole propia de la fe católica, que satisfaga con más eficacia las necesidades espirituales actuales de la Iglesia y del género humano? ¿Qué homenaje religioso más noble, más suave y más saludable que este culto, pues se dirige todo a la caridad misma de Dios?⁶ Por último, ¿qué puede haber más eficaz que la caridad de Cristo —que la devoción al Sagrado Corazón promueve y fomenta cada día más— para estimular a los cristianos a que practiquen en su vida la perfecta observancia de la ley evangélica, sin la cual no es posible instaurar entre los hombres la paz verdadera, como claramente enseñan aquellas palabras del Espíritu Santo: «Obra de la justicia será la paz»⁷?

Por lo cual, siguiendo el ejemplo de nuestro inmediato antecesor, queremos recordar de nuevo a todos nuestros hijos en Cristo la exhortación que León XIII, de i. m., al expirar el siglo pasado, dirigía a todos los cristianos y a cuantos se sentían sinceramente preocupados por su propia salvación y por la salud de la sociedad civil: «Ved hoy ante vuestros ojos un segundo lábaro consolador y divino: el Sacratísimo Corazón de Jesús... que brilla con refuliente esplendor entre las llamas. En Él hay que poner toda nuestra confianza; a Él hay que suplicar y de Él hay que esperar nuestra salvación»⁸.

Deseamos también vivamente que cuantos se glorían del nombre de cristianos e, intrépidos, combaten por establecer el Reino de Jesucristo en el mundo, consideren la devoción al Corazón de Jesús como bandera y manantial de unidad, de salvación y de paz. No piense ninguno que esta devoción perjudique en nada a las otras formas de piedad con que el pueblo cristiano, bajo la dirección de la Iglesia, venera al Divino Redentor. Al contrario, una ferviente devoción al Corazón de Jesús fomentará y promoverá, sobre todo, el culto a la santísima Cruz, no menos que el amor al augustísimo Sacramento del altar. Y, en realidad, podemos afirmar —como lo ponen de relieve las revelaciones de Jesucristo mismo a santa Gertrudis y a santa Margarita María— que ninguno comprenderá bien a Jesucristo crucificado, si no penetra en los arcanos de su

⁴ Cf. S. Th. Sum. theol. 2. 2.ae 34, 2 ed. Leon. 8 (1895) 274.

⁵ Mt 24, 12.

⁶ Cf. enc. Miserentissimus Redemptor: AAS 20 (1928) 166.

⁷ Is 32, 17.

⁸ Enc. Annum Sacrum: AL 19 (1900) 79. Enc. Miserentissimus Redemptor: AAS 20 (1928) 167.



Corazón. Ni será fácil entender el amor con que Jesucristo se nos dio a sí mismo por alimento espiritual, si no es mediante la práctica de una especial devoción al Corazón Eucarístico de Jesús; la cual —para valernos de las palabras de nuestro predecesor, de f. m., León XIII— nos recuerda «aquel acto de amor sumo con que nuestro Redentor, derramando todas las riquezas de su Corazón, a fin de prolongar su estancia con nosotros hasta la consumación de los siglos, instituyó el adorable Sacramento de la Eucaristía»⁹. Ciertamente, «no es pequeña la parte que en la Eucaristía tuvo su Corazón, por ser tan grande el amor de su Corazón con que nos la dio»¹⁰.

Final

36. Finalmente, con el ardiente deseo de poner una firme muralla contra las impías maquinaciones de los enemigos de Dios y de la Iglesia, y también hacer que las familias y las naciones vuelvan a caminar por la senda del amor a Dios y al prójimo, no dudamos en proponer la devoción al Sagrado Corazón de Jesús como escuela eficacísima de caridad divina; caridad divina, en la que se ha de fundar, como en el más sólido fundamento, aquel Reino de Dios que urge establecer en las almas de los individuos, en la sociedad familiar y en las naciones, como sabiamente advirtió nuestro mismo predecesor, de p. m.: «El reino de Jesucristo saca su fuerza y su hermosura de la caridad divina: su fundamento y su excelencia es amar santa y ordenadamente. De donde se sigue necesariamente: cumplir íntegramente los propios deberes, no violar los derechos ajenos, considerar los bienes naturales como inferiores a los sobrenaturales y anteponer el amor de Dios a todas las cosas»¹¹.

Y para que la devoción al Corazón augustísimo de Jesús produzca más copiosos frutos de bien en la familia cristiana y aun en toda la humanidad, procuren los fieles unir a ella estrechamente la devoción al Inmaculado Corazón de la Madre de Dios. Ha sido voluntad de Dios que, en la obra de la Redención humana, la Santísima Virgen María estuviese inseparablemente unida con Jesucristo; tanto, que nuestra salvación es fruto de la caridad de Jesucristo y de sus padecimientos, a los cuales estaban íntimamente unidos el amor y los dolores de su Madre. Por eso, el pueblo cristiano que por medio de María ha recibido de Jesucristo la vida divina, después de haber dado al Sagrado Corazón de Jesús el debido culto, rinda también al amantísimo Corazón de su Madre celestial parecidos obsequios de piedad, de amor, de agradecimiento y de reparación. En armonía con este sapientísimo y suavísimo designio de la divina Providencia, Nos mismo, con un acto solemne, dedicamos y consagramos la santa Iglesia y el mundo entero al Inmaculado Corazón de la Santísima Virgen María¹².

37. Cumpliéndose felizmente este año como indicamos antes, el primer siglo de la institución de la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús en toda la Iglesia por nuestro predecesor Pío IX, de f. m., es vivo deseo nuestro, venerables hermanos, que el pueblo cristiano celebre en todas partes solemnemente este centenario con actos públicos de adoración, de acción de gracias y de reparación al Corazón divino de Jesús. [...]

⁹ Litt. ap. quibus Archisodalitas a Corde Eucharistico Iesu ad S. Ioachim de Urbe erigitur, 17 febr. 1903; AL 22 (1903) 307 s.; cf. enc. Mirae caritatis, 22 mayo 1902: AL 22 (1903) 116.

¹⁰ S. Alberto M., De Eucharistia, dist. 6, tr. 1, c. 1: Opera Omnia ed. Borgnet, vol. 38, Parisiis 1890, p. 358.

¹¹ ECf. AAS 34 (1942) 345 sq.nc. Tametsi: AL 20 (1900) 303.

¹²



Entre tanto, animados por dulce esperanza, y como gustando ya los frutos espirituales que copiosamente han de redundar —en la Iglesia— de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, [...] expresamos, también la esperanza de que, con la divina gracia, como fruto de las solemnes conmemoraciones de este año, aumente cada vez más la devoción de los fieles al Sagrado Corazón de Jesús, y así se extienda más por todo el mundo su imperio y reino suavísimo: «reino de verdad y de vida, reino de santidad y de gracia, reino de justicia, de amor y de paz»¹³.

Como prenda de estos dones celestiales, os impartimos de todo corazón la Bendición Apostólica, tanto a vosotros personalmente, venerables hermanos, como al clero y a todos los fieles encomendados a vuestra pastoral solicitud, y especialmente a todos los que se consagran a fomentar y promover la devoción al Sacratísimo Corazón de Jesús.

† Día 09 - Texto para meditar †

Del libro de Jean Croiset, *La devoción al Sagrado Corazón de Jesús- Los sentimientos del Corazón de Jesús al ver la ingratitud de la mayoría de los católicos.*

Pensemos que no fue menos doloroso y triste para Jesucristo ver la ingratitud de la mayoría de los fieles, que mostrarían solo frialdad e indiferencia hacia Él en el Sacramento de su Amor. Vio el desprecio con el que tratarían la mayor prueba de su amor. Vio que no importaba lo que Él hiciera para ser amado. Ni siquiera habitar entre ellos en la Eucaristía; ni ese amor sin límites, ni su ayuda constante, ni su presencia... podrían lograr que la mayoría de ellos lo amasen o evitar que se olvidasen de Él. Vio vacías las iglesias en las que iba a estar presente sacramentalmente. Vio el poco respeto que habría ante su presencia. Vio claramente que la mayor parte de sus seguidores, que perderían muchas horas en pasatiempos inútiles, en visitas o sin hacer nada, no dedicarían ni quince minutos a estar con Él delante del Santísimo Sacramento. Sabía quiénes le visitarían únicamente bajo presión y sin devoción ni respeto. Por último, vio el número tan pequeño de fieles que le visitarían con ganas y que le adorarían con devoción. Vio claramente que la gran mayoría no le prestaría atención, como si Él no estuviera verdaderamente presente en el Santísimo Sacramento o como si fuera una persona sin importancia.

El trato que recibe de sus enemigos es muy doloroso, pero uno puede esperarlo. Sin embargo, ¿quién podría pensar que sus propios hijos, que le prometieron serle fieles, no solo serían insensibles y no se compadecerían al ver su dolor ante tantos desprecios, sino que le tratarían con desdén, que cometerían pecados y sacrilegios?

¿Cuáles serán los sentimientos de su Corazón, que tanto ha amado a los hombres y que solo encuentra en los corazones de esos hombres frialdad y desdén? “*Soy la burla de todos mis rivales*” (*Sal 31, 12*). ¡Si después de exponerme al desprecio y al odio de mis enemigos en medio de las ofensas que sufro, pudiera al menos encontrar un gran número

¹³ Ex. Miss. Rom. Praef. Iesu Christi Regis



de amigos leales que me consolaran! Pero es justo lo contrario: “*Los que me ven por la calle huyen de mí*” (*Sal 31, 12*). “La mayoría, viendo que me he ocultado bajo la apariencia de pan para poder habitar entre los hombres, me dejan solo y me olvidan como si yo no cupiera en sus corazones, *estoy olvidado como un muerto*”. (*Sal 31, 13*)

Demostró el amor que nos tiene muriendo en la Cruz por nosotros, y todavía nos lo muestra al quedarse en el Santísimo Sacramento, a pesar de los insultos y ofensas que recibe. ¿Y mostramos nuestro agradecimiento con ingratitud y frialdad? ¡Qué dureza de corazón! ¿Es posible que nuestro corazón sea capaz de tanta indiferencia?

¡Ay Señor!, el corazón humano es muy capaz de eso, y sería más cruel si el mismo amor que te llevó a soportar tantas ofensas por nosotros no hubiera conseguido también suavizar la dureza de ese corazón insensible, haciéndolo capaz de amarte. Porque para qué sirven todos los prodigios que has realizado y los tormentos que has soportado, si no es para endurecer más nuestro corazón y hacerlo más culpable, si no llegamos a conmovernos ante tus pruebas de amor, si no somos más agradecidos, si no te amamos más...

Cómo espero, Señor, que no me negarás tu gracia. Hago el firme propósito de darte de ahora en adelante pruebas inequívocas de mi amor y de mi gratitud. He sido hasta este momento insensible a tus gracias, insensible a tus sufrimientos, indiferente hacia ti, a pesar de que estás siempre con nosotros en el Sacramento de tu Amor. Tengo buenos motivos, Salvador mío, para desconfiar de mis promesas, cuando me he mostrado tan frío en el pasado ante tus sufrimientos y ante tus dones. Pero tu gran misericordia me inspira ahora confianza, y seré en el futuro más fiel y constante. Prometo demostrarte mi devoción sincera a tu Sagrado Corazón siendo respetuoso en tu presencia y visitándote con frecuencia mayor en el sagrario. Deseo sinceramente pasar el resto de mi vida reparando, y amándote y alabándote para paliar las ofensas que sufres de los malvados, y la frialdad y la indiferencia que experimentas en el Santísimo Sacramento, incluso de personas consagradas a ti. “*Yo te amo, Señor, fortaleza mía, Señor, mi roca, mi fortaleza, mi libertador*” (*Sal 18, 2-3*).

† Letanías para Consolar al Sagrado Corazón de Jesús†

Señor, ten piedad de nosotros,
Señor, ten piedad de nosotros.

Cristo, ten piedad de nosotros,
Cristo, ten piedad de nosotros.

Señor, ten piedad de nosotros,
Señor, ten piedad de nosotros.

Cristo, óyenos,
Cristo, óyenos.

Cristo, escúchanos,
Cristo, escúchanos.

Dios, Padre Celestial,
ten misericordia de nosotros.

Dios, Hijo, Redentor del mundo,
ten misericordia de nosotros.

Dios, Espíritu Santo,
ten misericordia de nosotros.

Trinidad Santa, Un Solo Dios
ten misericordia de nosotros.

Santa María, Nuestra Madre y Madre de Jesús,
ruega por nosotros.

Santa María, Madre del Consuelo,
ruega por nosotros.

Corazón Inmaculado de María,
ruega por nosotros.



Después de cada invocación, decir: - **Te consolaremos, ¡Oh Señor!**

Por el olvido y la ingratitud de la humanidad,
Por tu abandono propio en Tu Tabernáculo
Por los crímenes de pecadores,
Por el odio de los no religiosos
Por las blasfemias contra Ti,
Por las calumnias a Tu Divinidad,
Por los sacrilegios con los cuales Tu Sacramento de Amor es profanado,
Por la inmodestia e irreverencia mostrada en Tu Adorable Presencia,
Por los desengaños de los cuales Tu eres la víctima,
Por la frialdad del número mayor de Tus hijos,
Por el desprecio ofrecido en tus avances amorosos,
Por las infidelidades de aquellos que se llaman tus amigos,
Por el abuso de Tu gracia
Por nuestra propia falta de fe,
Por la dureza de nuestros corazones,
Por nuestra gran demora en amarte,
Por nuestra tibieza en tu Santo servicio
Por la amarga tristeza que Te sumerge la pérdida de almas,
Por Tu larga espera frente a las puertas de nuestros corazones,
Por Tus lágrimas de amor,
Por Tu encarcelamiento por amor,
Por Tu martirio de amor,
Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, - **Sálvanos, Oh Señor.**
Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, - **Escúchanos, Oh Señor.**
Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, - **ten piedad de nosotros.**

Oración: Oh Salvador Divino Jesucristo, Quien respiró de Su Corazón esta queja penosa: "*Busqué a aquellos que Me consolarían y no encontré a ninguno*", acepta este pequeño tributo de nuestros consuelos, y ayúdanos poderosamente con Tu Gracia. En el futuro, volando más y más lejos de todo lo que Te desagrada, mostrémonos ser, en todo y para siempre, Tus fieles y devotos guardias de honor. Te pedimos esto a través de tu Sagrado Corazón, Oh Jesús, Quien, como Dios, vives y reinas con el Padre y el Espíritu Santo por y para siempre. **Amén**

